

de Hernán Cortés y sus guerreros, alcanzando señalada victoria en la lucha que bien podemos llamar, aprovechando la frase darwiniana tan en moda, *the struggle for curate*.

—¿Españoles no son?—se puede preguntar con el poeta.

¡Pues son valientes!

¿Quién sabe si encontrarán un Solís que transmita sus hechos á la posteridad?

Por de pronto, ahí tienen uno en Trujillo, que es cura, y es Solís, y es ganadero.

Diciembre de 1889.



MODA NUEVA Y DIVERTIDA

6

EL BRÍNDIS DE SIR ISAACS

No se dirá que ando retrasado, así en elegir títulos al uso como en escoger asuntos de novedad palpitante.

Los lectores de hoy padecen hambre y sed de modernismo, y ¡desgraciado del periodista que no se atenga á las pragmáticas de la opinión general!

Obediente á esta ley, única que respeto medianamente—mientras las demás no se

fabriquen á mi gusto—recojo la siguiente noticia que viene de Londres (*warranted*, y con la más perfecta autenticidad):

“El lord corregidor tiene una voz magnífica. Ayer le obsequió con un banquete la policía de la City, y sir Isaacs, en lugar del *speech* de ordenanza, prefirió cantar dos piezas de *Il Trovatore*. Esta innovación fué admirablemente recibida.”

Y aquí también, tan pronto como se decida á plantearla un espíritu valiente, será recibida con entusiasmo la innovación del alcalde de Londres.

Sobre todo, por venir de Inglaterra.—De allí vinieron el *toast* de sobremesa y el *speech* político, y de allí vendrá, indiscutible y victoriosa, esa innovación saludable y eminentemente práctica; tan práctica, que procede de un hombre en quien se juntan la raza judía, la nacionalidad británica... y la descendencia española.

Esto es, el arte de hacerse sitio, el arte de hacerse cargo, y el arte de hacer uno su santa voluntad; todo ello en una pieza.

O si se quiere, en dos piezas, puesto que fueron dos las que cantó Su Honor (tratamiento inglés).

Castro y Serrano ha escrito:

“Así como de las mujeres se dice que escriben una carta para añadirle después una

posdata, de la Mesa moderna puede decirse que da de comer para que le dejen echar un brindis.”

Así es la verdad; pero gracias á Dios (no al Dios de Abraham, sino al de Isaacs), esa pernicioso costumbre está destinada, ya que no á desaparecer, por lo menos á experimentar una transformación benéfica.

Sir Isaacs no ha querido ser sacrificado por el rigorista y ordenancista Abraham de la oratoria, que tantos estragos causa en los banquetes públicos, sin que baje á evitarlos ningún ángel de parte del Dios Jahvé, antes Jehová.

—¿Queréis oír mi voz?—diría el alcalde londonense;—pues oídla en toda su extensión y en toda su potencia, y en toda su...
(Pausa.)

...Deserto sulla terra,
col mio destin in guerra
é sola speme un cor,
al trovator.

Cualquier comentario puede ponerse á este rasgo de desenfado lírico-municipal menos el del popular terceto:

¡Vaya un alcalde que Dios nos ha dau
tan diplomáticu y tan estirau!

No; lo que es de *estirau* no peca el alcalde de Londres.

Este nuevo aspecto del *toast* y del *speech* en que el "orador," prefiere lucir sus habilidades predilectas á pasar un mal rato, haciéndoselo pasar igualmente malo á sus oyentes, con unas cuantas vulgaridades torpemente dichas, ya había sido sentido por una ilustre mondonguera zaragozana en un *meeting* contra las quintas que hubo en la heroica ciudad allá por el año de 1869.

La insigne matrona formaba parte de la comisión organizadora del *meeting*, y las intrépidas descendientes de Agustina Aragón, Casta Alvarez y María Agustín, se empeñaron en oír la voz de la mondonguera.

—¡Que hable la señá Segunda!—gritaban. Y la señá Segunda, subiendo á la tribuna y con los brazos en jarra, dijo así:

—Ciudadanas, yo hablar no sé; pero que me traigan carne de monárquico, y la *capolaré*.



Ya ve sir Isaacs que en la nación de donde fueron expulsados sus antepasados no faltan precedentes de la moda nueva y divertida que él pretende inaugurar, y á la cual puede augu-

rarse entre nosotros una acogida tan favorable como la que ha obtenido en el banquete de Londres.

¿No viene á ser música, y nada más que música, cuanto suele decirse en los brindis?

Pues sea música real y efectiva; y si hay quien la cante bien, eso saldremos ganando.

Hay raras habilidades perdidas en el mundo—como decía uno de los dos alcaldes de la aventura del rebuzno,—y es lástima que pudiendo algunas de nuestras autoridades hacerse admirar y lograr la palma "por lo alto del sonido, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, y los dejos muchos y apresurados," á la manera del regidor de Cervantes, desaprovechen la ocasión de hacérsenos agradables con uno de estos dones peregrinos de la Naturaleza, por el maldito empeño de querer hablar en virtud de falsos artificios.

Por supuesto que el empeño es inútil...

Bajo el disfraz de la mala oratoria asoma muchas veces la punta de la oreja, y se dejan adivinar las facultades verdaderas del individuo.

Así, al escuchar los brindis de que tanto se abusa en nuestros banquetes contemporáneos, se escuchan también comentarios por este estilo:

—¡Qué modo de tocar el violón!

- ¡Valiente plancha!
 —El orador está con el agua al cuello.
 —Mire usted cómo cabecea y desparrama la vista.
 —Éste, por robar, hasta el tiempo nos está robando.

Por donde se ve que el orador, en vez de molestar al público, podría agradarle y complacerle en el verdadero terreno donde se está dejando adivinar, es decir, emulando la destreza de Bottesini, si es que toca el violón; rivalizando con Léotard, si es que hace planchas; renovando las habilidades del capitán Boyton, cuando es hombre á quien le gusta estar con el agua al cuello; dejándose trastear por *Lagartijo*, si ha menester que le compongan la cabeza; ó escamoteando, en fin, unos cuantos cubiertos de la mesa y unos cuantos relojes de los bolsillos de los comensales, si se trata de un Hermann... de los fondos públicos.

Por algo dijo el preceptista:

Chassez le naturel; il revient au galop.

Así lo ha entendido el lord corregidor de Londres, y por eso sin duda se ha apresurado á cantar de verdad y en toda regla, antes de que los chuscos, sacando partido de esas aficiones filarmónicas, dijesen á propósito de un brindis vulgar y ramplón:

—¡Que nos devuelvan el dinero! ¡Que rescinda el alcalde la contrata!

El método de sir Isaacs merece, pues, toda suerte de elogios, y nuestra gente oficial debe empezar á practicarlo.

Desgraciadamente, no será por su maestría en el *bel canto*, ni siquiera en el *cante jondo*, por lo que logren sincero aplauso nuestros oradores de sobremesa. ¡Cómo desafinarían, si entrasen en la moda nueva!

En lo coreográfico sobresaldrían más que en lo lírico. Están en mejores relaciones con Terpsícore que con Euterpe. Vamos, que hay entre ellos muchísimos danzantes.

He ahí una nueva razón para desear la adopción del procedimiento de sir Isaacs, acomodándolo á esas circunstancias; porque así, sin ofender al orador, antes bien halagándole en su amor propio, podríamos decirle, llegada la hora de los brindis:

—¡Qué baile!

Aquí vendría como pedrada en ojo de boticario una enumeración de los brindis á la nueva usanza con que amenizarían los banquetes nuestros personajes políticos, luciendo cada cual sus respectivas habilidades; pero aparte del brindis coreográfico, ya citado, ¿qué se les puede pedir á los conservadores y liberales del régimen vigente después de haber comido, si su mejor habilidad

consiste precisamente en eso, en comer, engullir y devorar?

¡Como no se les pidiera que se tirasen los platos á la cabeza!...

Es el único *dilettantismo* que cultivan; y resultaría para nosotros más divertido que el del lord corregidor de Londres, si no fuera porque, tras de pagarles la comida, tendríamos que pagarles también los vidrios rotos.

Diciembre de 1889.



EL CRIADO DEL AUTOR

A Leopoldo Cano.

I

—Sí, voy á verme en la precisión de despedir á Mateo.

—Pero, hombre, ¡un criado tan antiguo, tan leal, tan inteligente!

—Mateo es todo eso, y algo más, lo reconozco; pero...

—¿Le has descubierto algún vicio oculto, alguna maña secreta?

—Le he descubierto una enfermedad.

—¿El dengue?

—Quizá, porque se está poniendo muy dengoso.

—Mala condición para un criado.

—Para el criado, no. Para el amo. Sobre todo, cuando á lo de ser dengoso se junta el ser lunático.

—¡Lunático!

—Sí, lunático; y no á lo Fernández Flórez, por desgracia.

—¿Y por dónde le da la manía á tu criado?

—O por servirme demasiado bien, ó por servirme demasiado mal. Te aseguro que en ambos casos me resulta igualmente inaguantable. Hasta hace poco tiempo era un modelo de corrección y de sobriedad oficiosa, digámoslo así. Me tenía contentísimo por eso; porque nunca pecaba por carta de más ni por carta de menos. Ahora hay días en que exagera su oficiosidad hasta el extremo más empalagoso... “Señorito, hoy le he despertado á usted media hora más tarde, porque anoche debió usted escribir demasiado.” “Señorito, este año no pediré á usted permiso para ir á las fiestas de mi pueblo; encuentro á usted algo delicado, y no me apartaré de usted un solo instante.”

“Señorito, estos días va usted á almorzar mejor que un cardenal; como los amos de mi cuñada Ramona están fuera de Madrid, la he dicho que estos días se dé una vuelta por aquí, y usted será quien disfrute los servicios de la cocinera del duque de los Ciclones.” “Señorito, mi antiguo amo el conde de las Tres Berzas me ha hecho proposiciones para volver á su servicio; pero yo le he dicho que prefiero estar al lado de un autor dramático de tanto talento como usted, mejor que ser mayordomo mayor de Palacio.” “Señorito, parece mentira que sin componerse ni nada, esté usted cada día más guapo, y más fresco, y más...”

—Efectivamente, tanta oficiosidad empalaga.

—Otro día, en cambio, me irrita y enfurece con su aspereza y sus contestaciones desabridas. No puedes figurarte cuánta violencia he de hacerme para no darle un puntapié... Me despierta por las mañanas una hora antes de la que tengo señalada; me sirve tarde y mal; me hace repetir las órdenes dos y tres veces; se olvida de dar lustre á las botas; deja pasar á todos los importunos que vienen á verme; al almorzar, me pone los platos delante, golpeando con ellos en la mesa; va y viene, entra y sale, con un hocico de á cuarta; y si le doy

algún encargo relacionado con mi profesión de autor, lleva su osadía hasta el extremo de decirme con desdeñosa sonrisita: —“Más le valiera á usted dejarse de dramas y comedias, y hacer lo que el vecino del segundo, que en ocho días ha ganado doce mil duros en la Bolsa, sin calentarse los cascós pensando en lo que la dama contestará al galán, cuando el galán diga á la dama...”

—¿Y no le sueltas un mojicón cuando se te insolenta de ese modo?

—No; porque comprendo que es irresponsable. Pero ya te lo he dicho: voy á ponerlo de patitas en la calle. No quiero criados lunáticos. Mateo es un gran muchacho; pero un día le da el acceso por suministrar un anestésico á mi *bull-dog*, soltarme á mí un volapié hasta la mano, rociar con petróleo mi cadáver, incendiarlo juntamente con mis manuscritos, y... ¡el extraordinario á *El Liberal*, con el nuevo crimen que acaba de salir ahora!

II

—¡Adiós, autor famoso!

—¡Hola, maese cronista!

—¿Aún no has atrapado el dengue?

—No. ¿Y tú tampoco?

—Tampoco.

—¡Y nos tenemos por personas medio distinguidas!

—Estamos humillados.

—Sí; pero ¿qué hemos de hacer sino achicarnos, cuando los que están por debajo de nosotros se crecen y se nos suben á las barbas? ¿Recuerdas lo que te dije de mi criado Mateo el otro día?

—Lo recuerdo.

—Pues ahora resulta que no es un lunático, ni un *guillado*... Es un Revilla de plumero y delantal; un Balart de escalera abajo; un Sainte-Beuve doméstico.

—Explícate.

—Ya recordarás que Molière tenía una criada...

—Sí; la famosa Laforest, á quien él leía y consultaba sus comedias.

—Exactamente. Pues bien, lo que aquélla hacía, previa la consulta de su amo, lo hacía también Mateo sin mi consentimiento y á mis espaldas. Figúrate que el hombre, al arreglar mi despacho todas las mañanas, sacaba del



pupitre lo que yo había escrito el día anterior, y según le parecía aquello bien ó mal, me trataba durante el día con cariño ó con despego.

—¿Habrás visto cosa de más gracia?

—Maldita la que me hace á mí tener un crítico para andar por casa, que á lo mejor se prosterna delante de ti creyéndote un Shakspeare, y á lo mejor te trata á zapatazos tomándote por un Comella.

—Tu criado es más original que el famoso Pipi de Moratín.

—Sí, pero como yo no quiero en mi casa más originales que los míos...

—¿Has puesto en la calle á Mateo?

—Le he buscado otra colocación más adecuada á sus gustos. Gracias á mis recomendaciones va á entrar en la redacción de *El Altar y el Trono*, como crítico de teatros.

—¡Ave María Purísima!

—No te asombres, porque *El Altar y el Trono* ha hecho una buena adquisición. El director de ese periódico me ha dicho: "Después de todo, el recomendado de usted no puede ser inferior al que tenemos ahora."

—¿Y quién es?

—El aguador.

—¡Agua va!

—Ese es precisamente el título de una re-

vista, alegórica y todo, que ha escrito ese sujeto, previendo el momento de pasar desde la crítica al teatro. Mi criado se mete á crítico: el aguador, á autor... ¡Eso es espantoso! Quiera el cielo que uno y otro no paren...

—¿En dónde?

—En la Academia.

Diciembre de 1889.